

II.

**LA IGLESIA  
EN SUS GRANDES ACONTECIMIENTOS**

## Centenario de la Redención

○ *La mirada de fe del tiempo, que posee Monseñor Larrain explica, por encima de un sentido pedagógico o un aprovechamiento hábil de las oportunidades, su atención permanente a los aniversarios y su respeto por las conmemoraciones.*

*El Centenario de la Redención que lo tocó vivir —1933— es la primera ocasión de esta índole que lo mueve a una publicación de cierta amplitud.*

LUZ EN LAS TINIEBLAS (1)  
(1933)

“*Creo en la Iglesia una, santa, católica y apostólica*”, repetimos cada día en el Símbolo de nuestra fe.

Estas páginas dedicadas a mostrar las grandes líneas del problema misionario son la expresión viviente de ese Credo.

Con la Iglesia, creemos con todas las fuerzas de nuestra alma en este movimiento salvador que se intensifica para llevar a todos los extremos de la tierra la “buena nueva” de Cristo.

Creemos en el porvenir espléndido de las razas de color, creemos que ninguna raza ni civilización tiene el monopolio del catolicismo según la palabra del Apóstol: “no hay ya judíos, ni griegos, ni esclavos, ni hombres libres, sois uno todos en Cristo”. Creemos en el trabajo del Espíritu Santo en el mundo, que desde sus comienzos lo dirige hacia la santificación por lentas y misteriosas rutas, creemos en una gran efusión de caridad fraterna y universal que es el gran mandamiento de Jesús y creemos en la fuerza de la Eucaristía para unir en esa caridad a todos los cristianos del mundo.

Tal creencia es la base de nuestra esperanza y del amor que debemos tener a la obra misionaria.

Para ayudar a llevar las almas a esa fe y a ese amor, han sido escritas estas sencillas líneas, cuya única ambición es la de exponer las grandes directivas dadas al mundo católico por los Pontífices Benedicto XV y Pío XI en sus geniales Encíclicas *Maximum Illud* y *Rerum Ecclesiae*.

Sean estas páginas la expresión humilde y sincera de nuestra devoción a la Iglesia Santa y a su Vicario que en esta etapa de la historia del mundo, al cumplirse mil novecientos años de la obra redentora, continúan realizando la orden del Maestro a Pedro el Pescador: “*Duc in altum*” (2), *avanza mar adentro*.

Año Santo de 1933.

XIX Centenario de la Redención.

---

(1) Santiago, imprenta S. José, (1933), 42 págs.

(2) *Lc. V, 4*.

## *El problema misional*

Un notable escritor francés de nuestros días. Georges Goyau, ha escrito, no hace mucho, una obra con este título: *La Iglesia en marcha*, en la cual presenta los grandes cuadros del movimiento misional. En realidad el título de la obra es evocador y responde plenamente a lo que ese movimiento significa; una marcha de conquista espiritual, de crecimiento del Cuerpo místico de Cristo, de penetración del espíritu cristiano en culturas que comienzan a levantarse y que lenta pero seguramente van recibiendo el influjo vivificador del evangelio.

De hecho, en los últimos treinta años y especialmente en los que han seguido a la gran guerra, el mundo asiste a un despertar creciente del espíritu misional; las Congregaciones de este género aumentan extraordinariamente su número, las obras y publicaciones se multiplican por doquier, el movimiento misionero prende en las Universidades. Seminarios y Colegios y entre los fieles las voces de los Pontífices que invitan a todos sus hijos a cooperar en esta cruzada, son dócilmente escuchadas y seguidas.

No se puede sin emoción contemplar el magnífico cuadro de la actividad misional contemporánea sin traer inmediatamente a la memoria las palabras de la Sabiduría "el Espíritu del Señor repleta toda la tierra" (3) no se puede sentir, el ardor que anima a los soldados de esta nueva cruzada sin repetir el cántico triunfal de la liturgia: "Vexilla Regis prodeunt" (4) ni convencerse que ha llegado la hora de emprender la conquista del mundo para Aquel en quien solo está la Verdad y la Vida.

La Acción Católica, cuyo fin inmediato es la cristiana formación de las conciencias ha querido desde el comienzo de su organización dar el mayor realce posible al día misional establecido por S. S. Pío XI a fin de hacernos comprender mejor el sagrado deber que todos tenemos de cooperar en una forma u otra a esta obra de dilatación del reino de Cristo. Este folleto responde al objeto de secundar esa hermosa iniciativa de la Junta Nacional. ¿Por qué estamos obligados a trabajar en la obra misional? Tal es el primer punto que desarrollaremos.

---

### I. *Deber sagrado*

El tratar del problema de las misiones en la hora actual requiere el exponer previamente los fundamentos de nuestra obligación de interesarnos en ellas para que así se grave más claramente la idea de que ésta es una obra *esencial* al verdadero espíritu católico.

---

(3) *Sb. 1,7.*

(4) Las banderas del Rey avanzan.

1) La obligación de cooperar a las misiones católicas reposa *primeramente* en el fin de la Iglesia. En efecto:

Cristo fundó su Iglesia para que en ella y sólo en ella encontraran los hombres la salvación. El Antiguo Testamento la figuraba ya en el Arca de Noé como el único sitio seguro donde la humanidad podría hallar refugio contra los embates del mal, la historia de la Iglesia confirma con la elocuencia de los hechos esta verdad, que se resume en el grito de fe del gran S. Cipriano: "extra Ecclesiam nulla salus" (5).

Dios quiere la salvación de todos los hombres, su gracia jamás se niega a quien lo busca con corazón recto y sincero, pero sin fe sobrenatural esa salvación no se alcanza "sine fide impossibile est placere Deo" (6).

Esa fe se infunde en el Bautismo, sacramento de iniciación divina que nos abre las puertas de la Iglesia y nos incorpora al Cuerpo místico de Cristo. Pero para llegar a él se requiere la acción de otros hombres, ya que en su plan de salvación Dios quiso que fuésemos los artífices de la redención de nuestro hermano.

"¿Cómo, dirá el Apóstol S. Pablo, creerán a aquel que no oyeron? y ¿cómo oirán sin predicador? y ¿cómo predicarán si no fueron enviados? Así como está escrito ¡cuán hermosos son los pies de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan los bienes" (7).

La Iglesia es arca única de salvación, nuestro deber es llevar a nuestros hermanos que se encuentran fuera de ella.

Pero hay más: la Iglesia es *Católica* o sea universal, su acción no puede circunscribirse a una determinada raza o nación. Ella extiende con solicitud maternal sus brazos a todo el universo; ella siente la necesidad de llevar hasta los últimos confines del mundo su evangelio de vida; ella escucha la voz doliente de tantas almas que claman ansiosas por el pan de verdad y ante este espectáculo siente necesidad de concentrar sus fuerzas y llama a sus hijos fieles para que todos unidos emprendan la conquista de ese mundo pagano aún sumido "en las tinieblas de muerte".

La Iglesia una, santa y católica es también *apostólica*, o sea, edificada "sobre el fundamento de los apóstoles" (8); como ellos, ha recibido la misión de predicar el evangelio a "todas las creaturas" (9) y derramar sobre sus frentes el agua regeneradora: pero esta misión no puede alcanzarla sin la cooperación de los fieles que en una forma u otra deben trabajar en esta cruzada que traerá a sus almas la recompensa maravillosa de esa alegría interior y desbordante de encontrar a Jesucristo doquiera El vive, de reconocerlo en todas las almas, de reconocerlo aún en la sonrisa del Negro y en el ojo oblicuo del Chino.

---

(5) tr.: "fuera de la Iglesia no hay salvación".

(6) tr.: "Sin fe es imposible agradar a Dios". *Hb.* 2,6.

(7) *Rm.* 10, 13-15.

(8) *Ef.* 2, 20.

(9) *Mc.* 16, 15.

2) Si la obra de cooperar a las misiones encuentra su fundamento primero en el fin de la Iglesia, de modo que el poseer el espíritu misional es algo inherente al católico, hay un segundo motivo tan importante como el primero, ya que es la práctica del mandamiento máximo de la ley de Dios: *la Caridad*.

Por el precepto de la caridad todo cristiano está obligado a socorrer a su prójimo en una necesidad grave, sobre todo espiritual; idea que S. S. Pío XI expresa solemnemente en la Encíclica "Rerum Ecclesiae" (sobre las Misiones) diciendo:

"No se necesita insistir para demostrar cuán lejos estarían de la virtud de la Caridad que mira a Dios y todos los hombres si aquellos que pertenecen al rebaño de Cristo no se preocupasen de los míseros que caminan lejos de El. El deber de caridad que nos liga con Dios exige no sólo que procuremos aumentar el número de aquellos que lo conocen y adoran en espíritu y verdad, sino también que atraigamos al reino del amabilísimo Redentor cuantos más podamos a fin de que cada vez resulte más fructuosa la utilidad de su sangre "utilitas in sanguine". Si Jesucristo, añade poco después el Pontífice, dio como carácter distintivo de sus seguidores el amor mutuo ¿podríamos demostrar, quizás a nuestro prójimo caridad mayor o más insigne que al procurar librarlo de las tinieblas de superstición e instruirlo en la verdadera fe de Cristo? Cualquiera que ejercita esta obra de caridad a la medida de sus fuerzas demuestra que estima el don de la fe cuanto es justo que se estime y además manifiesta su gratitud a la bondad de Dios participando a los pobres infieles ese mismo don y con él los otros bienes que le están unidos".

Si el vaso de agua dado en su nombre, dijo Jesús, que no quedaría sin recompensa ¿qué diremos de aquellos que dan a su hermano la gracia de Dios y comunican a sus almas la vida de Cristo?

Y al mismo tiempo ¿qué diremos de tantos cristianos que viven indiferentes ante el problema terrible de la salvación eterna de su prójimo?

Hay quienes se conmueven ante la miseria física y ejercitan en ella su caridad, pero que al mismo tiempo olvidan la más grande de todas las miserias, las más insaciables de todas las hambres; la miseria de las almas, el hambre de vida eterna.

Y sin embargo, el desinteresarse de más de mil millones de seres humanos que se pierden significa —y esto lo afirma el Papa en su Encíclica— "falta de caridad hacia Dios y hacia el prójimo". Esta virtud divina de la caridad nos da el segundo motivo para interesarnos en las misiones y trabajar por dar a esos hermanos, como dijo el poeta:

"Pan de trigo para el hambre de sus cuerpos  
pan de ideas para el hambre de sus almas".

(*Gabriel y Galán*)

3) Una *tercera* razón viene a añadirse a las dos primeras señaladas; las insistentes voces de los dos últimos Pontífices.

No podemos hablar actualmente de devoción al Papa, ni decir sinceramente que deseamos sentir con el Pontífice romano si no amamos

verdaderamente la obra misional, ya que esta nueva cruzada ha sido uno de los grandes ideales que han animado los dos últimos Pontífices, especialmente los autores de las Encíclicas *Maximum Illud* y *Rerum Ecclesiae*, Benedicto XV y Pío XI, que en estos documentos han trazado admirablemente las normas del apostolado misional y dado lo que pudiera llamarse la “Carta Magna de las Misiones Católicas”.

4) Un último motivo para interesarse en las misiones indicaremos tan sólo, porque su desarrollo completo daría tema para extenderse largamente; el *momento actual* de la historia del mundo que vivimos. Como nunca este momento es la *hora de las misiones*, como nunca se repite la palabra del Maestro: “Mirad que los campos están blancos ya para la cosecha”, (“Videte regiones quia albae sunt jam ad messem”) como nunca está en nuestras manos el porvenir de muchos siglos y pueblos.

“Vivimos una época de evoluciones prodigiosas, escribe el P. Dubois, de transformaciones rapidísimas que si de una parte han traído para la Religión grandes obstáculos, de otra han roto muchas barreras que se oponían a su difusión. El mundo negro, por ejemplo, se halla agitado de una necesidad prodigiosa de sustraerse a una degradación que durante siglos le ha procurado todas las vergüenzas, todas las esclavitudes, todas las torturas. Hoy se siente poseído del deseo ardiente de alcanzar el plano de la civilización de las razas privilegiadas, está ávido de saber; porque todo lo que ve y aprende se le presenta con la fascinación de maravillosas revelaciones. Al poseer la conciencia de su valor, de su fuerza, de sus derechos, las razas más degeneradas adquieren también conciencia de su razón. Se avergüenzan de su propia degradación y comprenden que sus ridículos amuletos, sus creencias infantiles no pueden mantenerse en pie. Pero el vacío del alma que las supersticiones de la idolatría no lograban llenar, les hace sentir un llamado violento a lo sobrenatural, sienten ansias de algo puro y noble que colme sus corazones y eso explica también, en parte, esos grandes movimientos de conversión al catolicismo que nos narran nuestros misioneros”.

*Es la hora de las misiones.* “Cuando sentimos que Dios nos falta, ha dicho Bourget, es porque está muy cerca”. El ansia de verdadera vida sobrenatural hace más propicia que nunca la obra de la evangelización.

¿Irán a perderse esas almas que buscan afanosas la luz por no haber quien las alumbre?

¿Se repetirá el grito doliente de Isaías: “los niños pidieron pan y no hubo quien se los diese”?

El mundo católico tiene la respuesta a estas angustiosas preguntas. Todos nosotros, igualmente la tenemos.

Si esas almas que de una parte reconocen la falsedad de sus antiguas creencias paganas no encuentran el camino que las lleve a la verdadera fe, caerán tarde o temprano en la absoluta incredulidad, en el ateísmo, en la negación de toda moral y terminarán arrojándose en los rojos brazos del comunismo ruso que ha comprendido el inmenso campo que el Africa y el Oriente le presentan y desarrollan ahí sus más potentes energías.

Una de las características de nuestro tiempo es el ver cómo los espíritus rectos, las almas ansiosas de certeza se orienta cada vez más hacia la Iglesia. Es un doble movimiento que se observa en todo el mundo y especialmente en los países de misiones; hacia la negación total de parte de los que quieren librarse de toda ley moral, y hacia la verdad total de los que ven que la vida no tiene sentido sin un destino sobrenatural. Como magistralmente decía S. S. Pío XI en su Encíclica de 3 de mayo de 1932 *Caritate Christi*:

“En esta lucha se ventila el problema fundamental del universo y se trata la más importante cuestión sometida a la libertad humana: *con Dios o contra Dios*: es ésta nuevamente la elección que debe decidir el destino de la humanidad; en la política, en las finanzas, en la moralidad, en las ciencias, en las artes, en el Estado, en la sociedad civil y doméstica, en Oriente y en Occidente, en todas partes asómase este problema como decisivo por las consecuencias que de él derivan (10).

Es ésta, pues, como nunca la *hora misional*. Muchos siglos de fe o de impiedad dependen de este momento. Muchas almas esperan de nosotros la vida eterna o el permanecer eternamente “sentadas en las sombras de la muerte”.

Quisiera que en las mentes de todos los que leen estas líneas se grabaran con caracteres indelebles estas palabras del actual Pontífice pronunciadas en la homilía de Pentecostés de 1922 al celebrarse en la Basílica de san Pedro el tercer centenario de la Congregación de Propaganda Fide.

“No haya nadie que deje pasar en vano el momento solemne de tantas esperanzas para una gran difusión de la gracia redentora. Que aún una alma sola se pierda por nuestra tardanza, por nuestra falta de generosidad, que aún un solo misionero deba detenerse por faltarle los medios que le habremos rehusado, es una inmensa responsabilidad en la cual quizás no hemos pensado con frecuencia en nuestra vida”.

## II. *Diana sagrada*

Hemos expuesto los fundamentos de nuestro deber misional; digamos dos palabras sobre el movimiento de las misiones en nuestro tiempo.

El siglo XIX había asistido a un renacimiento de la expansión misionaria. La obra de extensión comenzada junto con el nacer de la Iglesia, seguida por los intrépidos monjes que evangelizaron las razas bárbaras del norte de Europa, continuada en la Edad Media en los países de

---

(10) *Caritate Christi Compulsi*. 3 de mayo, 1932.

Oriente sometidos al yugo de la Media Luna, intensificada en el comienzo de los tiempos modernos por esa empresa grandiosa que lleva a Francisco Javier al Japón y la India y envía a los intrépidos misioneros en medio de los bosques de nuestra América virgen, se aumentan aún más en el pasado siglo. Entre diócesis, vicariatos y prefecturas habíanse creado más de 230 en *tierras paganas*, pero esto no bastaba al corazón apostólico de *Benedicto XV* que entreveía un porvenir más fecundo y próspero. El mundo católico, pensaba, no ha derramado aún sobre el pagano todos los abundante recursos que la fe y la caridad deben poner en el corazón de 300 millones de fieles. De este pensamiento nació la *Maximum Illud* de 30 de noviembre de 1919. Esta Encíclica, al decir del Cardenal Van Rossum, ex prefecto de Propaganda Fide, que acaba de fallecer hace pocos meses,

“era la *diana sagrada* que en el vasto programa de restauración de *Benedicto XV*, debía estimular la obra más completa y concorde del apostolado cristiano. Recogiendo el grito de compasión salido de los labios del Redentor divino “*alias oves habeo quae non sunt ex hoc ovile et illas oportet me adducere*” (11). La Encíclica aparecía atormentada de esa sed de almas que abrazó el corazón de los apóstoles obedientes al mandato divino: “Id y enseñad a todas las gentes”, y resumía con entusiasmo igual a la grandeza de la hora, el programa de aquella misión de fe y cultura cristiana que al través de los siglos han confiado los Romanos Pontífices a los intrépidos misioneros”.

En el desarrollo mismo del trabajo mostraremos cómo fue escuchada la voz del gran Pontífice de la paz, baste por ahora señalar que en el primer lustro que siguió a la promulgación de la Encíclica (1919-1924) fueron fundados en los países católicos 45 nuevas asociaciones en favor de las misiones.

El movimiento misionario estaba lanzado. El mundo católico recogía con veneración y con ardiente voluntad de poner pronto en práctica la invitación de S.S. *Benedicto XV*. Su sucesor, el genial y santo Pontífice de la hora actual, heredero del corazón ardiente y apostólico de Pío X y *Benedicto XV*, debía continuar la gran obra. Y he aquí que un día el mundo emocionado oyó estas palabras que partían del sucesor de Pedro: “Mientras nos quede un soplo de vida experimentaremos hasta la ansiedad esta preocupación de las misiones lejanas”.

Era la Encíclica *Rerum Ecclesiae* que aparecía el 28 de febrero de 1926. El fin de este documento era a más de una reglamentación de orden interno, el aumentar, según sus propias palabras.

“El ardor de los fieles por la gran obra de la evangelización, procediendo de suerte que misioneros más abundantes y más abundantemente provistos de los conocimientos necesarios a sus ministerios fuesen enviados en las inmensas, casi ilimitadas regiones que no han recibido aún la buena nueva”.

---

(11) Tr.: “Tengo otras ovejas que no son de este redil y que es necesario buscarlas”. Jn. 10,16.

Una vez más al afrontar este problema de las misiones S. S. Pío XI aparece como el Maestro de vastos horizontes que en su magna Encíclica traza el libre camino de las misiones según las antiguas tradiciones de la Iglesia y las modernas aspiraciones de los pueblos, como el Pontífice del reinado de Cristo que todas las obras de su ya fecundo pontificado las encamina a tan grande y supremo fin.

### III. *El campo misionario*

El conocimiento cabal del problema misional exige no tan sólo el saber nuestro deber o el contemplar a grandes rasgos lo que la Iglesia hace, sino el conocer, lo más precisamente que un ligero estudio permita el campo donde esa obra se desarrolla, los medios que emplea, los obstáculos que encuentra, las esperanzas para el futuro que la asisten. Es lo que en esta parte trataremos de bosquejar.

1) *¿Cuál es el campo misional?* "Id por el mundo universo" (12). "Enseñad a todas las gentes". Con estas palabras señaló Cristo el campo misional; es toda la tierra la que debe ser conquistada al suave yugo del Evangelio. Salida de las manos divinas, creada para su gloria, redimida por la sangre del Cordero inmaculado, la tierra entera es propiedad de Dios.

La conquista de ese campo ha sido ideal continuo que la Iglesia ha tratado de realizar desde Cristo a nuestros días, labor que si hubiéramos de describirla gráficamente podría presentarse como una línea jamás interrumpida ya que la Iglesia ha permanecido siempre fiel al programa que su divino Fundador le trazara, continuando en forma creciente al través de los siglos su obra evangelizadora.

La antigüedad cristiana vio establecerse a la Iglesia en los países mediterráneos, la Edad Media la contempló penetrando en toda Europa, los tiempos modernos asisten a su extensión en todos los lugares de la tierra.

Uno de los motivos que llenan de mayores esperanzas en la época actual al corazón católico es el contemplar los pasos gigantescos que las misiones han dado en el siglo pasado y en el primer cuarto del presente. Del Oriente al Occidente y de un polo al otro se encuentran actualmente obispos, sacerdotes y fieles y entre los pueblos sumidos en la sombra de muerte el espíritu católico penetra. Los Oblatos de María Inmaculada han plantado la Cruz en las regiones polares, entre los esquimales más septentrionales del mundo como para dar cumplimiento a las palabras pro-

---

(12) *Mt. 28, 19.*

féticas del Salmo 18: "*In omnem terram exivit sonus eorum et in fines orbis terrae, verba eorum*" (13).

No hay, puede decirse, en el mundo un territorio de alguna extensión y suficientemente poblado, sea entre los hielos del Norte o entre las islas perdidas del Pacífico, que no dependa de algún pastor enviado por Roma para transformarlo en tierra cristiana.

2) *Las tinieblas del error*. Pero . . . , el triste pero de todas las cosas de la tierra, esta difusión maravillosa es sólo el *comienzo* de una conquista; el camino es largo, la tarea es inmensa.

En los momentos actuales, después de 1900 años de existencia de la Iglesia Católica ejerce su suave dominio espiritual *apenas* sobre una *quinta parte* de la humanidad. Una quinta parte de católicos, una quinta parte entre cismáticos y protestantes, *tres quintas partes* de infieles; tal es la división religiosa del mundo.

1.726 millones de hombres pueblan la tierra y de éstos tan sólo 305 millones son católicos, 158 millones cismáticos, 220 protestantes y la horrible cifra de *1.043 millones* de no cristianos.

1.726 millones de hombres ¿qué idea tienen de Dios? he aquí la respuesta: 1.043 millones de paganos ignoran al verdadero Dios, desconocen el mandamiento primero de su ley "yo soy el Señor tu Dios, no podrás tener otro Dios fuera de mí". Cristo redimió el mundo, con su sangre divina y sin embargo el 61% de la humanidad no reconoce a Cristo como Hijo de Dios ante quien toda rodilla debe doblarse en el cielo, en la tierra y en los abismos.

683 millones creen en Cristo, pero de esos 378 millones son cismáticos o herejes que andan errantes lejos de la Iglesia Católica, único puerto de salud, y tan sólo 305 millones pertenecen al verdadero rebaño de Cristo.

¡Cuatro quintas partes de la humanidad marcha sin guía en el desierto de la vida y tan sólo una quinta se somete al dulce yugo de Cristo!

Estas cifras deberían aparecer diariamente ante los ojos de cada católico como una muda pero angustiosa pregunta: "¿y yo que hago por dilatar el reinado de Cristo?"

"Se queda dolorosamente sorprendido, escribía Su Santidad Benedicto XV, al encontrar aún hombres sentados en las tinieblas y sombras de la muerte"; es ese ejército de mil millones de paganos que inquieta al Sumo Pontífice reinante a tal punto que, según sus propias palabras "le es imposible encontrar reposo a su espíritu".

Imaginémonos que el mundo pagano se colocase en una apretada fila, unos al lado de otro, la cadena humana que formarían daría 40 veces vuelta la tierra. Si hubiese de desfilar ese ejército delante de nosotros su paso continuo tardaría 25 años.

¿Quiénes lo forman?

---

(13) tr.: por toda la tierra resonaron sus voces y hasta los últimos confines del orbe llegaron sus palabras.

Son los 13 millones de hebreos que aun repiten el grito deicida "no queremos que Este reine sobre nosotros", es el Sintoismo con sus 24 millones que domina en el Japón y cuya doctrina se resume en su sentencia fundamental "sigue tu naturaleza y obedece al emperador". Son los 138 millones de budistas desorientando numerosos pueblos. Es el animismo con sus 158 millones de adeptos venerando las fuerzas ocultas de la naturaleza. Son los 200 millones de indúes, los 240 millones de mahometanos, los 270 millones que siguen el Confucionismo.

Estas cifras que nos dan la medida religiosa del mundo deberían meditarse de rodillas delante del Crucifijo.

Después que la ciencia ha explorado la tierra en todos sentidos, que las potencias se han dividido el globo sujetando a los pueblos y organizado el comercio de modo de aprovechar hasta el último pedazo de tierra ¿qué se ha hecho en tanto por las almas?

Nuestros misioneros se desparraman por el mundo entero, su caridad ardiente penetra las selvas y cruza los desiertos, pero la mies inmensa ondea a lo lejos y los brazos generosos de la Iglesia se hacen insuficientes para la gran cosecha.

Si comprendiésemos mejor nuestro deber misional, nuestra obligación de orar y trabajar por estas tierras lejanas, si pensásemos en la sublime empresa que Cristo ha confiado a todos sus hijos el encomendarles la salvación del mundo ¡cuán pronto avanzarían las banderas del divino Rey (14).

### III. *El misionero y sus ayudantes*

Ante esta masa inmensa de paganos ¿cuál ha sido la labor de la Iglesia?

Como dice S.S. Pío XI al comienzo de la Encíclica varias veces citada "Rerum Ecclesiae":

"Al recorrer con atención los Anales de la Iglesia, no puede pasar inadvertido a ninguno cómo desde los primeros siglos del Cristianismo los Romanos Pontífices dirigieron sus principales cuidados y atenciones en difundir la luz de la doctrina evangélica y los beneficios de la civilización cristiana entre los pueblos que aún yacían en las tinieblas y sombras de muerte, sin detenerse jamás por las dificultades u obstáculos que se opusieran".

(14) Damos el siguiente cuadro sobre el lugar del catolicismo en el mundo, cuadro que debiera sacudir más nuestro egoísmo:

<i>Europa</i>	194 millones de católicos sobre	450 millones de habitantes
América	90 " " "	200 " "
(Norte y Sud)		
Oceanía	9 " " "	65 " "
Asia	7 " " "	850 " "
Africa	4 " " "	135 " "
Todo el mundo	304 " " "	1.700 " "

(Estos datos dados por el Obispo son de 1933).

La avanzada del ejército misionero comenzó con los Apóstoles a cuya muerte otros tomaron de sus manos la bandera victoriosa de la Cruz para llevarla hasta los confines de la tierra. En todos los siglos se han enrolado falanges de voluntarios en el ejército de Cristo a servicio de las misiones y aún hoy, los católicos se presentan por miles para seguir el estandarte del Gran Rey.

El ejército misionero católico cuenta hoy, según las últimas estadísticas con 121.752 miembros, de los cuales 12.712 son sacerdotes, 4.456 hermanos, 30.756 religiosas y 73.828 coadjutores.

¿La razón de ser de este ejército? podría preguntarse alguien. Porque Cristo Rey universal, lo ha querido, es la respuesta. ¿Su fin? Trabajar por Cristo, Rey de paz. ¿Su retribución aquí en la tierra? La misma que S. Pablo, el gran Misionero, narraba de él en su epístola 2ª a los Corintios (Cap. XI) “en caminos muchas veces, en peligros de ríos, en peligros de ladrones, en peligros en el mar... en trabajo y fatiga, en muchas vigiliass, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez”; pero aún con el mismo Apóstol podrán añadir llenos de gozo “y yo de muy buena gana daré lo mío y me daré a mí mismo por vuestras almas”.

Pero ante la enorme masa pagana ¿qué cosa significa este pequeño ejército sino una gota de agua en medio del océano? y es por esto que del campo en que trabajan se repite con más fuerza el urgente llamado “¡más misioneros al frente de batalla!”

12.712 sacerdotes ¿cuál será su campo de trabajo? Como lo demuestran los datos más recientes el trabajo de *cada* misionero tiene como campo: en Asia 905 católicos y 107.000 paganos, en Africa 962 católicos y 46.000 infieles, en América (en territorios de misión) 2.007 católicos y 18.000 paganos, en Oceanía 554 católicos y 3.645 paganos.

La desproporción desalentaría si no se pensase que sobre ella está la gracia de Cristo, que con esa gracia divina triunfaron los apóstoles y con esa misma triunfará también el pequeño ejército misionero.

### *El clero indígena*

En su Encíclica sobre las misiones ya varias veces citada, S. S. Pío XI daba importancia especial a la formación del clero indígena y exhortaba a los Prelados y Vicarios apostólicos tratasen con todo empeño de promover en sus misiones respectivas esta obra de vital importancia y que puede justamente llamarse la flor más noble del trabajo misional.

Hoy más que nunca, en que un soplo de nacionalismo sacude el mundo, se hace más urgente en los países de misiones el establecimiento de una Iglesia indígena, de tal modo que puede decirse es ésta la solución al problema de la evangelización del mundo.

Esta Iglesia indígena es requerida por las aspiraciones humanas a base nacionalista a que me refería antes. Los paganos no se sienten atraídos por una Iglesia de aspecto europeo. Es necesario comprender la mentalidad del hombre de color ante el catolicismo. Para ellos el catolicismo es sinónimo aparente de europeísmo, y el europeo en esos territorios dista mucho en su política colonial y en sus costumbres de inspirarse en los principios y en la moral de nuestra religión.

Si el catolicismo aparece ante los ojos paganos sinónimo de europeísmo se comprenderá fácilmente el gran peligro que esto trae para nuestra causa pues, por una parte la opresión blanca se ha hecho sentir duramente en los países de misiones y por otra la revuelta de los oprimidos aumenta cada día mayormente. El triunfo cierto y próximo de las razas de color es un hecho incontestable ¿quién no ve las consecuencias desastrosas que tendría el tratar de hacer aparecer unidos, más aún confundidos, la religión católica y el concepto de europeo?

Pero desde la nave de Pedro, el Vigía eterno vela por los intereses de la grey que le ha sido confiada, y la voz de los Pontífices resuena para alentar la empresa gigantesca de la formación de un clero indígena. "Porque en realidad un clero indígena numeroso y completo es la condición *"sine qua non"* del progreso constante de las misiones, es también y sobre todo el fin mismo de la empresa misionaria que consiste en plantar la Iglesia en tierra infiel y hacerla echar raíces en un suelo que debe llegar a ser suyo". Más aún, es como insinuábamos antes el solo medio de prevenir las terribles persecuciones que los nacionalistas exaltados podrían a menudo provocar contra una iglesia de aspecto europeo y evitar así la ruina total de las misiones ahí donde esos movimientos hubiesen ya arrojado a los misioneros extranjeros. Nadie duda que el acentuarse de las cuestiones nacionalistas, cada día más vivas, haya determinado a S. S. Pío XI a escribir la segunda parte de su Encíclica *Rerum Ecclesiae*. Vuelve en ella a insistir en las normas de acción expresadas por su ilustre predecesor en la *Maximum Illud*, normas que son la simple aplicación de los grandes principios del apostolado católico tan a menudo recordado por los Soberanos Pontífices.

La insistencia misma con la cual Roma ha repetido sus declaraciones y ha comenzado su trabajo muestra que ella ve en todo retardo una negligencia fatal. Es necesario inmediatamente cubrir el Asia, el Africa y la Oceanía de grandes y pequeños seminarios, es necesario enviar ahí gran número de profesores escogidos, es necesario desarrollar en proporciones increíbles todos los factores de la grande obra de la evangelización del mundo mientras aún es tiempo. El mañana es incierto (15).

---

(15) Para conocer mejor el pensamiento de S. S. Pío XI respecto del clero indígena como también respecto de los deberes del misionero y de los inconvenientes que tiene que evitar, se recomienda la lectura de la Carta apostólica de S. S. Pío XI a los Superiores de Misión en China, de fecha 15 de junio de 1926. Esta Carta puede considerarse como un complemento de la *Rerum Ecclesiae*.

#### IV. *La obra misional en los países cristianos*

Los países de misiones son en los momentos actuales campos de intensa labor católica, de generoso esfuerzo de apostolado en las diversas manifestaciones que éste puede revestir; catecismos, escuelas, hospitales, orfanotrofios, leproserías y especialmente el trabajo estrictamente misional o sea la predicación y la administración de los sacramentos. Pero esta labor ¿es comprendida en el resto del mundo católico, encuentra cooperación en los países cristianos?

Es lo que brevemente respondemos, ya que el enumerar las diversas obras creadas para ir en auxilio de las misiones exigiría un grueso volumen. Al que desee conocer más a fondo esta materia lo remitimos a la profunda y documentada obra del P. Bernardo Arens, S.J., titulada *Manuel des Missions Catholiques* (16).

Al contemplar la actividad misional en los países católicos vemos que la voz de los Pontífices no ha resonado en vano; por doquiera han florecido asociaciones para ayudar sea espiritual, sea intelectual, sea económicamente a las misiones. En la imposibilidad de enumerar siquiera la enorme cantidad de esas asociaciones nos contentaremos con nombrar las tres obras pontificias de la Propagación de la Fe, la Santa Infancia y la de San Pedro apóstol para el clero indígena.

La primera, fundada en 1822, ha sido trasladada de su sede central de Lyon a Roma. Al cumplir hace diez años un siglo de existencia mostraba la suma recogida en esos cien años y que alcanzaba a cerca de 500 millones de francos.

Al lado de estas obras pontificias florecen las innumerables de carácter particular, de las cuales por no citar sino algunas recordaremos la Asociación de san Pedro Claver fundada por la Condesa Ledochowska hermana del actual General de la Compañía de Jesús y la Unión misionaria del Clero fundada en 1916 por el P. Manna, del Seminario de Misioneros extranjeros de Milán. Pasan de 240 las asociaciones florecientes en los países católicos para ayudar a la obra de la evangelización del mundo.

La exposición misionaria organizada por S. S. el año 1925 con ocasión del año jubilar dio ocasión a los 500 mil peregrinos que acudieron entonces a Roma de poder comprobar la difusión cada vez mayor que adquiere esta cruzada de conquista espiritual.

¿No servirán estos datos para estimularnos poderosamente a poner también nuestro grano de arena en la extensión del reino de Cristo?

Al lado de este gran número de asociaciones misioneras se ha visto aparecer la publicación de numerosas revistas en favor de las misiones. Este desarrollo de publicaciones ha sido favorecido por el movimiento de la ciencia de misiones que tuvo su primer impulso en 1910 en Münster de Westphalia y que se dirigía especialmente a los hombres de letras y estudiantes. Las revistas fundadas en estos tres cuartos de siglo, tratan en general de desarrollar en sus lectores un conocimiento más profundo

---

(16) Editions de Museum Lessianum - Sections Missiologiques, N° 3.

de la obra de las misiones. Pasan de 415 las revistas sobre misiones que actualmente se publican en Europa y Norte América. De un modo especial quiero recordar la hermosa revista española editada en Burgos *El siglo de las misiones*, publicación dirigida por los padres de la Compañía de Jesús.

Por sus descripciones de los países y de sus habitantes, por su exposición de la situación religiosa de los pueblos paganos, civilizados o bárbaros, por sus datos sobre el comercio, la industria, la agricultura y las artes de esas lejanas tierras, las revistas de misiones contribuyen a enriquecer nuestros conocimientos. Sus estudios sobre la creación y extensión de las misiones, sus biografías de misioneros célebres, dan una preciosa ayuda a la historia de la Iglesia. Las ciencias profanas han sido a su vez beneficiadas con los artículos aparecidos en esas publicaciones. La vida de fe y el sentimiento del deber moral encuentra ahí nuevos estímulos y la caridad un inmenso campo de ejercicio.

### *Ciencia Misionera*

No sería completa la breve reseña que tratamos de dar sobre el movimiento misional católico en nuestros días si no dijésemos algunas palabras sobre el estudio científico de los problemas misionales. La ciencia de las misiones puede definirse según palabra de un ilustre religioso belga “como el estudio y exposición crítica y metódica del apostolado cristiano, de sus principios, de sus normas, de su desarrollo efectivo” (15).

La ciencia de las misiones comprende por tanto dos ramas principales: la misionología que es la exposición de los principios y leyes fundamentales del apostolado y la historia propiamente dicha que es la exposición de los hechos con que ellos se relacionan.

Alemania ha sido el punto de partida de estos estudios. Citaremos solamente el Instituto internacional de estudios de misionología fundado en 1911 y al cual se deben interesantísimas publicaciones acerca de lingüística, etnología, geografía y cartografía, la organización de cursos y la celebración de semanas de misionología. De especial importancia han sido también los Congresos que cada año se celebran en Lovaina bajo la sabia y entusiasta dirección del P. Pierre Charles, como igualmente la obra ahí mismo establecida entre los estudiantes conocida por sus iniciales con el nombre de la Aucam o sea Asociación Universitaria católica en ayuda de las misiones.

Listo ya para ser entregado a la imprenta este trabajo, llega la noticia de la Creación de la Facultad de Misionología en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, cuya solemne apertura se realizó al

---

(17) Arendt.

iniciarse el año académico, 4 de noviembre, de 1932. El fin que se propone esta nueva Facultad es la apta formación ya de misioneros que vayan a dilatar el reino de Cristo en tierras infieles con plena preparación para tan ardua empresa, ya la de misionólogos peritos en la ciencia misional que sean después aptos para la dirección de obras de este género.

La formación que la Facultad dará en los tres años de que consta no será meramente teórica sino que ayudará a estas investigaciones el estudio práctico del derecho, etnología, lingüística, etc., de los países de misión.

El Decreto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades que crea en la primera Universidad eclesiástica del mundo, esta facultad, demuestra claramente el interés creciente de la Iglesia en el estudio profundo de los problemas relacionados con la obra misional.

Que estos breves datos de la labor que en otras partes se realiza sirvan para encender nuestro entusiasmo y acrecentar nuestro celo.

## V. *La actualidad de las misiones*

Nunca como en la hora actual ha resonado con más fuerza la voz de Cristo llamando a la gran obra del apostolado cristiano; es un hecho, dondequiera el mismo llamado estalla. Que se interroguen las cosas o que se escuche al Papa es siempre el mismo mandato perentorio; la hora es urgente, es necesario en el mundo preparar el camino a Cristo y a su Iglesia. Como admirablemente dice el P. Charles: "por mucho tiempo habíamos creído que nuestra vida podía emplearse al servicio de los cristianos. Actualmente comprendemos mejor que ella debe emplearse al servicio del cristianismo. Y el cristianismo no es solamente el bienestar aún espiritual de los cristianos, es ante todo la necesidad de hacer cristianos a los que no lo son, es el camino hacia adelante, la Epifanía y Pentecostés, la manifestación de Cristo a los gentiles y la necesidad dolorosa y exaltante a un tiempo del mundo entero que se debe convertir".

Es ahora mismo, y no en 20 ó 30 años cuando debe desarrollarse un esfuerzo misionero de una amplitud sin igual en la historia del cristianismo. Es durante el presente siglo, cuando la Iglesia pide a los países católicos una contribución extraordinaria para la obra de las misiones. Y si Ella los invita a hacer grandes sacrificios es porque se encuentra ante problemas agudos por la urgencia que en todos se revela.

Sí; para la obra de la evangelización del mundo hay urgencia extrema.

Urgencia porque el protestantismo lleva hasta los confines de la tierra un mensaje falsificado y hace a la verdadera Iglesia una violenta oposición. Hay datos que realmente alarman sobre el avance protestante en las tierras de misión. En la India, por ejemplo, mientras el nú-

sacerdotes extranjeros y aún indígenas horriblemente asesinados, cristianos muertos u obligados a la apostasía, iglesias transformadas en salas de meeting comunistas, escuelas católicas cerradas u obligadas a enseñar las doctrinas comunistas, oficios sagrados prohibidos, propiedad de las misiones confiscadas, comedias y cortejos ridiculizando la religión al grito de abajo la religión católica, abajo los sacerdotes, muera el pudor.

Pero, el mundo debe pertenecer a Jesucristo. Si los enemigos se lo disputan no nos queda a los católicos sino anticiparnos en su conquista. Oponer propaganda a propaganda y, sobre todo, cristianizar lo más pronto y sólidamente las tierras aún libres del veneno bolchevista, he ahí el gran objetivo de las misiones católicas.

Urgencia en la obra misional, porque como, poco antes decía, el peligro nacionalista arrecia y el dominio blanco entre los pueblos de color toca a su fin.

Es a la generación presente a la que toca asegurar la posición de la Iglesia entre los pueblos de color y de abrirle los ojos sobre su catolicidad. El gesto magnífico por el cual el Papa ha consagrado seis obispos chinos, es un hecho que realmente marcará época en la historia de la Iglesia. "Si Godofredo Kurth viviese aún, escribe l'abbé Leclercq con ocasión de esta consagración, añadiría un capítulo al libro "La Iglesia al través de las vueltas de la Historia". Esa nueva faz de la Iglesia acaba de superarla de nuevo con la misma segura intrepidez. Ella consiste, como lo hemos dicho, en no identificar el catolicismo con la civilización que nos es propia, pues, como escribe el P. Ives de la Brière "jamás tendremos la fatuidad de pretender que nuestra civilización latina sea la única conforme a las enseñanzas del Evangelio y de la Iglesia".

#### IV. *La parte que nos corresponde*

Hemos hasta aquí expuesto el momento actual de las misiones, mostrado el campo y el ejército misionero, hecho ver la acogida que las voces de los Pontífice han encontrado en los países católicos e insistido en la urgencia de la hora actual por los gravísimos problemas que la Iglesia tiene que afrontar en las tierras de misiones; sólo nos resta indicar brevemente el modo como podemos colaborar en esta cruzada de fe y de caridad.

Cruzada de la fe la hemos llamado y creemos que el nombre le convenga. Como dice un inlustre misionero: "nuestra obra misional consiste en la fe puesta en práctica, fe viva que se expresa por las buenas obras, fe sólida y convencida que da realmente testimonio, fe eficaz que se traduce en acción. El espíritu de fe debe informar y vivificar nuestros sentimientos por las misiones. La estima que tengamos de la fe la mostraremos principalmente cumpliendo los deberes que nos ligan a la causa apostólica entre los infieles".

sacerdotes extranjeros y aún indígenas horriblemente asesinados, cristianos muertos u obligados a la apostasía, iglesias transformadas en salas de meeting comunistas, escuelas católicas cerradas u obligadas a enseñar las doctrinas comunistas, oficios sagrados prohibidos, propiedad de las misiones confiscadas, comedias y cortejos ridiculizando la religión al grito de abajo la religión católica, abajo los sacerdotes, muera el pudor.

Pero, el mundo debe pertenecer a Jesucristo. Si los enemigos se lo disputan no nos queda a los católicos sino anticiparnos en su conquista. Oponer propaganda a propaganda y, sobre todo, cristianizar lo más pronto y sólidamente las tierras aún libres del veneno bolchevista, he ahí el gran objetivo de las misiones católicas.

Urgencia en la obra misional, porque como, poco antes decía, el peligro nacionalista arrecia y el dominio blanco entre los pueblos de color toca a su fin.

Es a la generación presente a la que toca asegurar la posición de la Iglesia entre los pueblos de color y de abrirle los ojos sobre su catolicidad. El gesto magnífico por el cual el Papa ha consagrado seis obispos chinos, es un hecho que realmente marcará época en la historia de la Iglesia. "Si Godofredo Kurth viviese aún, escribe l'abbé Leclercq con ocasión de esta consagración, añadiría un capítulo al libro "La Iglesia al través de las vueltas de la Historia". Esa nueva faz de la Iglesia acaba de superarla de nuevo con la misma segura intrepidez. Ella consiste, como lo hemos dicho, en no identificar el catolicismo con la civilización que nos es propia, pues, como escribe el P. Ives de la Brière "jamás tendremos la fatuidad de pretender que nuestra civilización latina sea la única conforme a las enseñanzas del Evangelio y de la Iglesia".

#### IV. *La parte que nos corresponde*

Hemos hasta aquí expuesto el momento actual de las misiones, mostrado el campo y el ejército misionero, hecho ver la acogida que las voces de los Pontífice han encontrado en los países católicos e insistido en la urgencia de la hora actual por los gravísimos problemas que la Iglesia tiene que afrontar en las tierras de misiones; sólo nos resta indicar brevemente el modo como podemos colaborar en esta cruzada de fe y de caridad.

Cruzada de la fe la hemos llamado y creemos que el nombre le convenga. Como dice un ilustre misionero: "nuestra obra misional consiste en la fe puesta en práctica, fe viva que se expresa por las buenas obras, fe sólida y convencida que da realmente testimonio, fe eficaz que se traduce en acción. El espíritu de fe debe informar y vivificar nuestros sentimientos por las misiones. La estima que tengamos de la fe la mostraremos principalmente cumpliendo los deberes que nos ligan a la causa apostólica entre los infieles".

## *La ayuda espiritual*

¿Cómo podré contribuir a esa gran obra de liberación espiritual de mis hermanos? ¿Cómo poder trabajar con fruto en realizar esa unión de corazones y de espíritus en medio de esa diversidad de razas que constituye la obra misional de hoy día?

Estas preguntas que cada uno debe hacerse se pueden responder con las elocuentes palabras del fundador de la *Aucam* el P. Vilain: “Los individuos y las naciones están divididos por demasiados egoísmos para poder unirse, sólo la gracia divina, más poderosa que las barreras humanas y que doquiera hace obra de caridad podrá conducir la humanidad a esa edad de la cual hablaba en un discurso reciente Rabindranath Tagore: Cuando todas las colectividades de los hombres estén concentradas en la unidad del hombre. Esa Unidad es Dios, ese Hombre es Cristo.

Es por la participación de todos los hombres al solo Cristo en la Mesa Eucarística como la colectividad será reducida a la unidad. Es por la Eucaristía como el mundo recibirá la inmortalidad. Que nuestra Misa y nuestra Comunión no sean, pues, solamente ejercicios individuales de piedad, sino que demos a esos actos vitales de la Iglesia todo su alcance católico.

Cada día en la Misa puedo trabajar eficazmente en la conversión del mundo. Ahí reconciliaré con Dios a mis hermanos paganos ofreciendo por ellos los sufrimientos expiatorios de Jesús. Ellos aún no saben el camino por donde deben subir a Dios, yo en cambio lo sé por ellos y mi oración dicha en su nombre y clamando por su indigencia permitirá llevar al Padre esos pródigos que esperan su misericordiosa ternura.

¡ Señor, diremos, unid a vuestro sacrificio renovado por los hombres de hoy sobre este altar, los sufrimientos y los deseos de las muchedumbres musulmanas, de los pobres negros del Congo, de los fieles de Buda, de los sabios de la India mística, de los millones de almas inquietas del Extremo Oriente. Hacedlos santos a vuestro contacto, por vuestra humanidad semejante a la de ellos, hacedlos participantes de vuestra divinidad.

Que ellos posean por fin a ese Dios que confusamente aspiran a ver tal cual es, en su inefable hermosura.

Pero no es todo. A la medida de mi unión con Cristo estaré unido a Dios y a los hombres. Es, pues, recibiendo la hostia santa como me pondré en comunicación con el universo. La comunión sacramental me hará participar en esa inefable comunión espiritual que une entre ellos y con El a todos los hijos de Dios. La pequeña hostia me pondrá en contacto íntimo con el Seminarista negro que en Lemfu comulga por la salvación del Congo y con el estudiante de Pekín que sueña en el rescate de las almas”.

Amemos, pues el orar siempre por las misiones para que nuestra oración sea verdaderamente católica “pro nostra et totius mundi salute” (por nuestra salvación y la del mundo) como dice el sacerdote diariamente al ofrecer el cáliz del sacrificio. Que nuestra oración sea un eco de la antigua plegaria del segundo siglo usada en la oblación litúrgica:

“Por este sacrificio, sed propicios a todos nosotros Dios de verdad y como este pan que antes estaba esparcido por las montañas y una vez recogido ha llegado a ser uno, así congrega tu santa Iglesia, de toda raza, de todo país, de toda ciudad, de toda villa, de toda habitación y hazla, la Iglesia una, viva, católica. Así sea” (16).

Ayudemos a las misiones estudiando con amor e interés los problemas misionarios ligeramente indicados en el curso de este trabajo. Este conocimiento de las misiones se adquiere estando al corriente de la literatura y escritos misioneros donde se narran las luchas continuas del gran ejército apostólico, las empresas de los heraldos del Gran Rey en el mundo. Los anales de la historia de las misiones son el martirologio de los tiempos modernos.

Ayudemos a las misiones con la limosna, nuestras limosnas demuestran el aprecio en que tenemos a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia, a las almas ya que no podemos decir que nuestro corazón palpita por el Señor si tenemos cerrada nuestra mano para dar.

### *La hora undécima*

En el movimiento misional el reloj señala la hora undécima y Jesús nos repite las mismas palabras que a los operarios de la parábola “Ite et vos in vineam meam” (17). Su viña son las almas, es el mundo que es necesario evangelizar, es la tierra entera que debe resurgir al soplo de su Evangelio de Vida.

“Redemisti mundum” es la expresión que condensa la obra del Salvador. No comprenderemos por tanto, al Cristo Redentor que nace en Belén si permanecemos extraños al fin principal de su obra, ni encontraremos la felicidad de las bienaventuranzas si nuestra alma no es una alma de misioneros.

Despertemos en todos los pechos católicos el amor ardiente a la causa de las misiones, ella nos hará palpar la belleza sublime de nuestra madre la Iglesia romana “una, sancta catholica y apostólica”, ella pondrá en nuestras almas el generoso deseo de cooperar a la obra redentora de Cristo, ella despertará por doquiera el ardor apostólico de la salvación de las almas y hará que de todos los corazones brote una plegaria continua al Padre de las misericordias para que en día no lejano la humanidad toda entera “una voce, sine fine” como decimos en el prefacio de la Misa cante el triple “Sanctus” de adoración al único Dios verdadero a Aquel Rey Pacifico de quien canta la liturgia del Adviento:

---

(16) *Didaché*.

(17) tr.: Id vosotros a mi viña.

O "Oriens, splendor lucis aeternae et sol justitiae, veni et illumina sedentes in tenebris et umbra mortis".

Oh Sol naciente, esplendor de la luz eterna y sol de justicia, ven e ilumina a los que están sentados en tinieblas y sombras de muerte.

Santiago de Chile, Pascua de Resurrección 1933.

U. I. O. G. D. (18)

---

(18) "Ut in omnibus glorificetur Deus". tr.: "para que en todo sea Dios glorificado".

## Concilio Vaticano II

○ *La participación de Monseñor Larrain en el Concilio Vaticano II fue intensa.*

*El 31-VIII-1960 se anuncia oficialmente la composición de la nueva Comisión para el Apostolado de los Laicos, que consta de 25 miembros y 17 consultores: entre éstos se haya este obispo.*

*El 14-XI-1960 se inicia en presencia del Papa Juan XXIII el período "preparatorio" del Concilio. Mons. Larrain es designado "miembro" de la mencionada Comisión para el Apostolado de los Laicos.*

*En I y VI-1961 y a comienzos de 1962 concurre a Roma para participar en las sesiones de dicha Comisión.*

*Entre el 11-X y el 8-XII-1962, al iniciarse el 1.er período del Concilio se efectúa la laboriosa elección de los miembros de las diversas Comisiones conciliares. En la Comisión sobre el Apostolado de los laicos, Prensa y Espectáculos, que preside el Cardenal Cento es elegido como integrante con 871 votos.*

*El 12-II-1962, en la 17ª Congregación General se debaten los capítulos finales del esquema sobre Liturgia y en ella interviene Monseñor.*

*El 23-X-1963, durante la 54ª Congregación General, en el 2º período (29-IX-4-XII-1963) interviene durante el debate sobre el Esquema "De Ecclesia".*

*Entre el 23 y el 24-IV-1964, bajo la presidencia de Mons. Manuel Larrain, Presidente del CELAM, se reúnen en Lima 9 obispos y 8 sacerdotes expertos en Liturgia, a fin de llevar a la práctica la doctrina conciliar sobre la Liturgia. Allí se decide:*

*1) La formación de profesores de Liturgia para los seminaristas, religiosos y laicos; se formarán equipos móviles, para servir a los obispos que los soliciten; y*

2) *La creación de un equipo de especialistas de América Latina y España, que se ocupe de la traducción de los libros litúrgicos al castellano y portugués y a los dialectos.*

*El 18-IX-1964, durante la 83ª Congregación General celebra la Misa ante todos los Padres Conciliares.*

*El 10-X-1964 da en Roma una conferencia de prensa durante el debate acerca del apostolado de los laicos.*

*El 5-X-1965, en la 142ª Congregación General, durante el 4º período (14-IX-7-XII-1965) interviene durante la discusión del Esquema XIII, futuro documento sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo: Constitución pastoral "Gaudium et spes".*

*El 12-XI-1965, en la 159ª Congregación General presenta nuestro Obispo, junto a otros Padres, su parecer acerca del asunto de las Indulgencias.*

*Todas estas intervenciones se encuentran en los siguientes documentos:*

- Acta De Documento Concilio Oecumenico Vaticano II apparando;*
- Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II: Typis Polyglottis Vaticanis, 1970... (Aún apareciendo);*
- Giovanni Caprile, Il Concilio Vaticano II, 5 volúmenes en 6 tomos;*

*Roma: La Civiltà Cattolica, 1965-1969.*

*Las ponencias del Obispo las iremos presentando a lo largo de nuestros volúmenes.*